

Número 300. **PRECIO, $ 0.15** *Abril 1.º de 1922*

LA AVENTURA DE LOS MOLINOS

(Cuadro de C. Leudo)

CROMOS.

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

Editorial de Cromos

Director, Luis Tamayo

NUMERO 300 — BOGOTA, ABRIL 1.o DE 1922 — VOLUMEN XIII

NOTAS DE LA SEMANA

El 3 de noviembre de 1916, Colombia y Venezuela interesadas en poner término a todas sus diferencias por cuestiones territoriales y en obtener prontamente una completa demarcación de la frontera común que les había sido fijada por el Laudo de la Corona de España en 1891, convinieron en someter a la decisión de un Arbitro de derecho este punto:

¿La ejecución del Laudo puede hacerse parcialmente, como lo sostiene Colombia, o tiene que hacerse íntegramente, como lo sostiene Venezuela, para que puedan ocuparse los territorios reconocidos a cada una de las dos naciones y que no estaban ocupados por ellas antes de ese fallo en 1891?

Por el mismo documento convinieron los contratantes lo siguiente:—que subsistiría la ocupación de ambos en dichos territorios mientras llegaba a dictarse la sentencia sobre el punto propuesto;—que la terminación completa del deslinde y amojonamiento de la frontera fijada por el Laudo español se encargaría a este segundo Arbitro, quien después de fallar nombraría expertos de su misma nacionalidad, para efectuar ese deslinde teniendo en cuenta las alegaciones, los planos y demás documentaciones que les fueran presentados;—que designaban como Juez para esta cuestión al Presidente de la Confederación Helvética;—y que, después de ratificado el convenio, se abrirían negociaciones para concluir un tratado sobre navegación de ríos comunes, comercio fronterizo y de tránsito entre las dos Repúblicas, sobre bases equitativas y de mutua conveniencia.

Cumplidos los trámites de este litigio, sostenidas firme y brillantemente las razones de Colombia por nuestros abogados Urrutia y Restrepo, como por otros eminentes jurisconsultos que sobre ellas conceptuaron, el Arbitro acaba de dictar su sentencia, en un todo favorable a la tesis colombiana. Nunca vaciló nuestro derecho en aguardar este resultado.

Una vez decidido tal punto, queda pendiente la realización de un hecho importantísimo como es el de venir los expertos suizos a practicar el deslinde y amojonamiento de la frontera señalada por el primer Laudo, en aquellas partes donde no se llevó a término tal diligencia, y proceder la comisión en ese deslinde con una extremada exactitud, ciñéndose muy escrupulosamente a las documentaciones que le sean entregadas. El fallo dispone que en muy breve plazo y por el Consejo Federal sea designada la Comisión arbitral de técnicos, fijando su número y las atribuciones particulares de cada miembro, y declara que tendrán ante el gobierno suizo iguales responsabilidades que tienen sus agentes diplomáticos.

Por su convenio de 1916, Colombia y Venezuela se comprometieron a emprender en un Tratado sobre navegación, comercio y tránsito, que acaso pudiera determinar alguna modificación parcial en cualquiera de las líneas que van a demarcarse, y en tal caso los expertos efectuarían esa modificación de acuerdo con previas instrucciones. Entendemos que o no se ha iniciado aquella negociación o que si fue iniciada faltó entre las partes el acuerdo necesario para concluirla. No tendrá pues la Comisión demarcadora que atender a incidente ninguno capaz de retocarle sus trabajos.

La terminación completa de este asunto ha de ser para los dos países motivo de profunda satisfacción, porque resolviendo hermanablemente sus diferencias como las han querido resolver, escriben una nueva página en favor del arbitraje internacional, cuya práctica es un timbre de honor para los miembros de la familia americana.



DOCTOR ROBERT HAAB
Presidente de Suiza.

* * *

En el campo de la política interior, esta semana ofrece un acontecimiento muy calificado, como es el de haberse reunido en la capital del Tolima una Convención nacional del liberalismo que fue convocada por su Jefe.

Sobre las tareas y conclusiones de aquel cuerpo se han anticipado escritos de una extensión ya considerable. De cierto se sabe únicamente que la Convención se reúne para dar en lo sucesivo a la política liberal una reglamentación que le garantice mayor eficacia.

Tocando este punto, los comentadores dicen lacónicamente que la política liberal debe ser una sola. Está bien. ¿Cuál debe ser ella? Es aquí donde los conceptos divergen. Lo acertado es un plan de organización rigurosa y de abstencionismo irrevocable, proponen algunos. Lo mejor, afirman otros, es un programa de actividades eficientes y de honorable participación en el gobierno. Dicen aquellos que en vista de incidentes y resultanos de la campaña electoral, debe renunciarse al sistema de colaboración patriótica y abandonarse una vía que les ha llevado a fracasar. Dicen estos que si de todos es la patria, también es de todos el derecho a intervenir en cuanto sea relativo a su suerte, pues no tan solamente sobre el adversario sino sobre todos caerían los perjuicios que a ella se le pudieran ocasionar.

Si tras de maduras deliberaciones llegan los convencionistas a decidirse por una política de participación en las tareas y en las responsabilidades del gobierno, ¿bajo qué reglas y estipulaciones habrán de autorizarla? Hé aquí el punto grave. Tiene la Convención que medir con serenidad y tino excepcionales el programa de condiciones en que habría de ser aceptado un llamamiento, si el Jefe de la próxima administración invitara a participar en sus labores al liberalismo; tiene que expresar sencilla, claramente, cuál ha de ser la actuación de su partido como colaborador del gobierno; y tiene que señalar a nombre del mismo partido las normas precisas que pa-

ra representarlo en el Gabinete y en otras posiciones de importancia deben observar quienes las ocupen. Esta será para los convencionistas una tarea muy principal si, como piensan y escriben algunos políticos, ha sido tremendo error el permitir que su colectividad fuera representada en el gobierno por personajes que llevaban la divisa mas no la credencial suficiente para cumplir esos cargos cuya significancia no es la de «un mero concurso personal, sino la cooperación vigilante de una gran masa de opinión pública».

Muchas más complicaciones hay en este asunto de las que parece tener a primera vista. Pero se ha manifestado que el liberalismo acatará de modo entusiasta, unánime, cuanto sus apoderados resuelvan: y allá van ellos a decir la palabra definitiva que en estos momentos aguarda el país con un interés y con una ansiedad que acaso no han tenido semejantes en la historia de sus luchas cívicas.

Nemo.

José Antonio Umaña.

El domingo pasado falleció en la cercana estación veraniega de Juntas de Apulo, este distinguido caballero. Después de una vida de trabajo incansable, cuando parecía habría de durar aún muchos años, una gran pena desgastó su organismo y la muerte vino a crear un gran vacío en su familia y en sus amigos. Su alegre carácter hizo que fuera querido por todos los que tuvieron la fortuna de tratarlo. Al lamentar su desaparición, CROMOS cumple el deber de enviar su manifestación de pesar a su familia, en especial a su esposa, la señora María Luisa Gutiérrez de Umaña, y a sus hijos la señorita Emilia, don Guillermo y don Enrique Umaña.



El nuevo Papa Pío XI dando su bendición al mundo católico, desde uno de los balcones del Vaticano, el día de su proclamación.

EL CARNAVAL EN CARTAGENA

La Sultana Amelik I y su corte de honor. (La Sultana: señorita doña Ana Amelia Trucco).



La Sultana Amelik I, disfrazada de Reina de Saba en el baile del lunes de carnaval, celebrado en el *Club La Popa*.

Tritón, viejo en alta mar.

En una mañana clara, bajo el primer sol del dia, casi impalpable hemos podido ver a un viejo Tritón y a una Sirena joven.

Hablaban. . . . Y al hablar, los brazos del Tritón ceñían a la Sirena, como las ondas, y la Sirena se hundía dentro de los brazos como dentro del agua.

En el horizonte unos puntos fosforescentes nos revelaron a otros Tritones envidiosos de la pareja.

Tal vez tritones jóvenes, novicios en el arte de amar; Tritones de inexperta juventud que no podian competir con la vejez sapiente del Tritón viejo.

¡Cómo sabía encenderse con el nuevo sol el Tritón hundiendo sus manos en la rubia cabellera de la Sirena mojada de luz! ¡Cómo sabía bezar el Tritón exprimiendo la dulzura de la boca—rosa marina—que se le ofrecía! ¡Cómo sabía hacerse sentir roca segura y brava junto a las espumas lechosas de aquel cuerpo intensamente blanco!

Dentro de una botella cerrada y segura, para que llegue a los Tritones jóvenes e inexpertos, hemos arrojado a las ondas un ejemplar del *Ars amandi*.

Ramón Vinyes.

POR AMBOS HEMISFERIOS

La sombra del Libertador

Por Luis Enrique Osorio.



Bahía de Santa Marta.

La bahía de Santa Marta verdeó, estriándose en su media luna de collados rocosos.... Tras la llanura escueta de la playa, la ciudad dibuja el conjunto de sus casas aplastadas, de entre las cuales se levantan los grises torreones de la catedral.

Me interné por calles estrechas y arenosas donde pululan, en amable promiscuidad, el criollo blanco, el indio goajiro y el negro africano, junto con los ejemplares de sangre mezclada—mestizos y mulatos—que empiezan a definir el tipo de una nueva raza en gestación.

Yo estoy con quienes opinan que la mezcla de sangres regenera; que las razas salvajes poseen reservas de energía destinadas a contrarrestar la decadencia de pueblos gastados en la lucha por la vida material e intelectualmente. Por eso recuerdo con repulsión los prejuicios étnicos de la democracia yanqui, que se me antojan síntomas de una futura decadencia, y me entusiasma este conjunto racial que el sol patrocina y que es más avanzado, más humanitario y realmente democrático. Es ahí donde comienza a germinar el sueño de los que fueron sembradores y se pretende llamar «libertadores».

* * *

De pronto se me abren dos brazos, una boca.... dos ojos tan negos como sorprendidos:

—¡Oh!.... ¡Tú aquí!

Me encontré con la faz delgada y jovial de Rafael Emilio Infante, un condiscípulo de Historia Patria, íntimo amigo de diez años antes y censor entonces de mis primeros balbuceos literarios.

Fuimos inseparables en aquella época en que, enjaulados en un claustro severo, teníamos que aprender al pie de la letra las parrafadas superficiales con que los historiadores de compendio nos hablan del poema boliviano.

En aquel tiempo Bolívar era para nosotros un semidiós, un hombre ajeno a la prosa y a las pequeñeces del género humano, que con el filo de su espada mágica nos había conquistado independencia, gloria y libertad económica. Era tal nuestro orgullo patriótico, que el vocablo «extranjero» comenzaba a parecernos digno de compasión....

Cuando mi compañero me hablaba del mar, de su histórica ciudad natal, de la hospitalaria quinta que recibió el último suspiro del grande hombre, yo, nacido en el corazón de las montañas, sin sospechar mis alas aún, contemplaba a Infante como un sér venido de mundos maravillosos.

Una vez sometidos al fallo de catedráticos mediocres, el cual era para nosotros de vida o muerte, tomamos cada cual nuestro camino, sin volver a saber el uno del otro, hasta diez años más tarde, hasta ese momento en que él me preguntaba con manifiesto interés:

—¿Ya fuiste a la quinta?

—Todavía no.

Este era indudablemente nuestro deber de condiscípulos. En la emoción de aquel retiro, libres ya del estrecho molde a que se someten en nuestro país las inteligencias juveniles para convertirlas en instrumentos de un orden de cosas rutinario, era donde debíamos ir a aprobar nuestros estudios históricos.

En auto salimos de la ciudad por un camino angosto y serpenteante, sombreado de arbustos en cuyas frondas tiembla débilmente la grana de un crepúsculo marino.... Sólo se divisa por doquiera una vegetación agreste donde reina un silencio sublime, interrumpido por el chillar de los grillos.... El camino angosto y polvoso escribe una x con las aguas turbias del Manzanares, y se pierde entre los matorrales, en cuyo confín se eleva oscura la Sierra Neveda para abrigar sus cumbres entre nubes cenicientas.

* * *

En lo más silencioso del panorama aparecen los edificios de San Pedro.... Son varias construcciones aisladas, de estilo colonial, tan bajas que parecen hundidas por la base. En su redor amarillea una considerable extensión de tierra desnuda que les da cierto aspecto de desolación. La verja de hierro que circunda el ámbito parece que en vez de adornarlo lo aprisionara.

Algunos árboles solitarios tienden su sombra, y entre ellos blanquea una estatua de mármol en la que el rostro del Libertador se ve sereno, como el de cualquier héroe mecánico de la independencia yanqui.

Cuando pasamos la verja ya la penumbra invadía los campos. Y esto, unido al silencio y a la soledad, imponía un respeto sobrehumano.

Llamamos repetidas veces y sólo nos respondió el eco. Pasados los arcos bajos de la quinta penetramos a una habitación oscura en cuyos muros dibujábanse, como inmensas cuencas vacías, muchas coronas de laurel.... Percibíase aquel olor peculiar de los sitios donde hay un cadáver.

—¡Ah, del casero!

Al entrar al patio interior nos sale al paso un vejete medio indio, medio africano, con una azada al hombro y mascullando de mala gana entre sus colmillos ruinosos palabras incoherentes.

—Ya no es hora de visita —nos dice con toda la pedante altanería de un funcionario público.

—No importa —replica Infante,— denos una luz.

—No hay —rezonga el vejete volviéndonos la espalda.

—¿Quién atiende aquí?....

—El celador.... pero a las seis se va.

Mi compañero pasa a indignarse:

—Pero ¿es esto acaso una oficina pública de holganza? La quinta debe estar abierta y bien atendida a toda hora. Y si el go-

bierno no instala luz eléctrica, debía votar siquiera una partida para comprar una vela a la semana.

El viejo se alejó gruñendo.

—¡Esta no es la manera de atender un monumento histórico! —exclama el otro fuéra de sus cabales.

—No te exaltes —le digo.—Así en la sombra y la soledad más absolutas es como más puede emocionar este retiro.... Parece que el espíritu de Bolívar, abandonado y entenebrecido por la mezquindad ambiente, flota aquí, en todas partes, eternizado en su tormento como si aún no se hubiese desprendido del mundo.

Penetramos de nuevo a las habitaciones, que se hallan vestidas en los muros por coronas, placas y trofeos. Al encender un fósforo, el aletazo anémico de la luz se desmaya en el tricolor de las cintas apolilladas.

—¿Dónde murió?

—Aquí.

Pasamos a una habitación pequeña. El fósforo apagóse y quedamos sumidos en la más completa oscuridad. Sentí el frío del abandono, del fracaso, de la agonía. Me pareció que retrocedíamos noventa años al dar un paso adelante, y velábamos los despojos del héroe; que al iluminar la estancia veríamos entre su mortaja la faz demacrada del romántico guerrero.

Mi amigo encendió otro fósforo.... Saltó a la vista una mesa burda.

—Aquí le hicieron la autopsia.... Este reloj marca la una menos cinco, hora precisa en que dejó Bolívar de existir.

Nada más pude ver, porque esos dos detalles me atrajeron con fuerza magnética. Callamos y meditamos. Sentí que en aquel aposento sombrío se hallaba eternizado un instante trágico, en tanto que los años seguían corriendo indiferentemente para el resto del mundo.

—¿Quieres ver las placas conmemorativas?.... ¿Pedimos el libro de autógrafos?

—No.... Vámonos.

—Es lástima que esta oscuridad no nos permita apreciar todos los detalles....

—Me basta con lo que he visto. Así deseaba conocer la Quinta de San Pedro Alejandrino: sin cicerones, políglotas, ni profusión de luces y ornamentos. Tal cosa me parecería una irrisión. La memoria de Bolívar no es un orgullo sino una vergüenza para las generaciones que no han sabido realizar el anhelo que él les legara y se conforman con desvanecerlo. Sobre la creación boliviana han caído los áulicos ladrones de una patria y los ladrones legalistas de la otra como canes sobre una presa apetitosa. Bolívar es el precursor de una éra que no ha llegado aún, en la que los antiguos dueños de América, los hijos del Sol, sean vigorizados y no extenuados por las burocracias y los feudalismos bastardos que se disfrazan con la máscara de la ley y de la libertad.

Luis Enrique Osorio.

Santa Marta, 1922.

Sobre dos escritores que se retiran.

Dos escritores públicos acaban de abandonar la linea de fuego para dirigir su espíritu y su acción a otros lugares; es fácil vaticinar para uno de ellos —el doctor Nieto Caballero— la brevedad de su ausencia; pronto se le ha de ver en el continuo contacto de sus ideas con las del público frívolo y veleidoso que constituye la clientela del diario de información. El doctor Olaya Herrera denomina el periodo de diarista comprendido entre los años de 1915 y 1922 como su última etapa de escritor; puede acontecer que él mismo rectifique, tarde o temprano, sus tendencias actuales, pero al través de sus palabras de despedida se trasluce cierta sinceridad, mezclada de una fruición melancólica, en el abandono definitivo del viejo palenque.

Entre nosotros es preciso juzgar al periodista por aspectos distinto a los que se observan en otras civilizaciones; se es en ellas escritor público a la manera que catedrático de metafisica o de biologia en la Universidad; se posee una silla, que es el diario o la revista; un curso, que es la actualidad, y unos discipulos, que son los lectores. En esa obra de construcción intelectual el profesor envejece y se retira de la cátedra acosado por la gota u otra dolencia senil, en medio de las reverencias de su escuela. En el país angloamericano el periodista no es ya el maestro sino el menestral, que hace dia por día el resorte o la biela de una gran máquina; cuando el obrero envejece se le jubila.

Pero entre nosotros el periodista tiene como fin una construcción politica; su tarea de producir conceptos y de engendrar ideas es lo adjetivo y circunstancial; su propósito no puede ser el relato de hechos y sucesos sino la creación misma de los acontecimientos, y para crearlos ha de ir operando en la conciencia pública una evolución de ideas tanto más difícil de producir cuanto más bajo y disperso sea el nivel intelectual del lector.

No hay que confundir, pues, ese diarista que a cada sol va formando en el alma popular un concepto nuevo, con el relator o cronista que hace un comentario pasajero, unas veces suavemente irónico u otras rudamente agresivo, de los hechos contemporáneos. A la primera clase pertenecian los señores Olaya y Nieto; su finalidad era una estructura social y su pluma el mero elemento para crearla.

Hé aquí, pues, que ese abandono del taller se nos hace semejante al del escultor que tira hacia lejos sus trastos de trabajo cuando halla enorme la distancia que separa el ideal íntimo de su creación con la realidad burda de las líneas del mármol. No hay desafecto a la obra, no hay renunciación al apostolado; hay solamente una decadencia en las fuerzas espirituales que animan al artista y le impulsan en su obra de creación o de renovación.

Es un proselitismo ingrato el de quienes por medio de las ideas escritas quieren transformar y perfeccionar la conciencia pública. Ningún colombiano avanzó tanto como Núñez; toda su obra politica la realizó por medio de ese buril formidable que ahora abandonan Nieto y Olaya a la venganza del orín. Pero la concepción interior de Núñez —la politica, la económica y la filosófica— se transformaba desventajosamente al salir de su mente, por obra de la incomprensión del ambiente y la mala torpeza de sus obligados colaboradores.

Es esa falla entre las dos creaciones, la ideal y la real, la que produce en los escritores politicos, o mejor, los politicos escritores, el súbito abandono de su tarea. Contribuye a la derrota el sagrado egoismo que cada uno lleva dentro de sí. El hombre a menudo ama la lucha, pero en vez de la diaria batalla con factores complejos e insubordinados, prefiere en medio de un combate reunir a su rededor un pequeño mundo de cosas y de sucesos que le agraden sin pretender dominarlo.

Es entonces cuando el politico trueca su vida agitada por la placidez de un campo horro de hombres y poblado de seres apacibles, o por la monotonia aturdidora de una plaza cortesana, ante gentes extrañas y magnates del protocolo.

Mas en medio de la nueva placidez retornan los anhelos de lucha, al modo del soldado viejo y baldado que relata a sus nietos todas las penalidades de su vida batalladora, doliéndose de sus desgracias, pero que siente súbitos anhelos de reyerta cuando huele la pólvora o siente los atambores.

Luis Serrano Blanco.



Don Roberto Iregui de Narváez.

Ha causado profunda impresión en esta sociedad la trágica desaparición del distinguido joven Roberto Iregui de Narváez, miembro de linajuda familia y apreciado no sólo de sus amigos, que lo admirábamos por su claro talento y su carácter festivo, sino de cuantos le trataron. *Cromos* envía muy sentido pésame a su honorable familia y especialmente a su señora madre, doña Concepción de Narváez de Iregui.

LA LLEGADA DEL GENERAL HERRERA A IBAGUE

Parte de la cabalgata de 800 jinetes, estacionada en la plaza principal, oyendo los discursos que se pronunciaron a la llegada del jefe del liberalismo, el lunes pasado.



El incendio del 9 de marzo en Mompós.—Varios aspectos del estado en que quedó uno de los barrios más florecientes de Mompós después del incendio.



Las hilanderas.

De Eugenio de Castro.

La anciana y la doncella
hacen vibrar sus ruecas vibrátiles. La anciana
ciñe una veste negra,
muy negra. La doncella ciñe una veste blanca.

La viejecita llora y hace girar su rueca,
la niña también hace girar su rueca y canta....
Hay en el cielo estrellas. El agua de los pozos
recibe, en su azulosa diafanidad la sacra
comunión de la luna....

—Linda doncella que hilas el lino de mis sábanas
de bodas, híla pronto, doncella, que me esperan
los ojos y los brazos turgentes de mi Amada....

Es de cristal la rueca pausada de la niña
y de ciprés la rueca ligera de la anciana.

—Oyeme, viejecita,
no hagas girar con tánta
prisa la rueca frágil en que se enreda el lino
sutil de mi mortaja....
Mírame bien: soy joven, amado y venturoso;
tengo una novia blanca
más suave que las flores,
soy bueno, hay en mi alma
mucho amor por la vida.... Viejecita, repósa,
descansarás mañana.

La aurora.
El agua lenta del río caudaloso
por sobre la llanura se aleja, fatigada
de haber andado toda la noche. La abuelita
ya tiene presto el lino sutil de mi mortaja.
Y la doncella duerme. Su rueca vibradora,
su rueca de irisados cristales que giraba
regocijadamente para aprontar el lino
de mis nupciales sábanas,
yace en el suelo, rota,
rota y dispersa en una constelación de lágrimas....

EDUARDO CASTILLO



EN TIEMPOS DE TUICION

—Dios mío, si esto es seda, pura seda blanca como con tonalidades de marfil. ¡Qué efecto haría un ramito de flores por ahí perdido entre las guedejas —decía Nita distendiendo con el peine en la palma de la mano el suave y albo madejón de los cabellos de su madre.

—Flores de sudario—repuso doña Rafaela con su voz grave y seca de persona acostumbrada al mando.—Déjalas para luégo, m'hija, que presto ha de ser.

—Y dále con la de siempre.

—El mozo de morir tiene, pero el viejo muerto está, reza el decir.... Y cuando uno pasa ya de los setenta.... Lo único que te pido para entonces es que si la situación no ha cambiado, si el Padre Eufrasio no ha vuelto, ni se encuentra a mano algún sacerdote, no sometido a esos herejes, te limites a gritarme los Jesuses y dejarme morir en paz. Sobre todo, hija, por Dios y por mi salvación eterna, no vayas a permitir que se acerque a mi lecho de muerte el renegado de Mojica, el sinvergüenza que no sólo se ha sometido sino que se la pasa en chicoleos con los más gordos de la piara. Qué valdrán misas, confesiones ni nada de ese Iscariote....

Nita sabía la inutilidad de contradecir a su madre en estos particulares, y aunque ello no hubiera sido así, impedíale adelantar palabra su veneración profunda, una como mezcla de amor y respeto y vanidad y orgullo por la memoria de su padre, el bravo e ilustre General Peñonalto, que había defendido esas mismas ideas con todo y fortuna y vida. Así, que se redujo a reñir cariñosamente a la anciana:—No se emocione de ese modo, mamá; ¿no sabe que puede hacerle daño?

Y hubo silencio, el silencio del medio día en un pueblo, turbado en casa de doña Rafaela sólo por el rosmar del gato, hecho un ovillo en las faldas de la señora; los golpes de Felipe, el criado, que enderezaba en un rincón del patio, contra el muro, tallos de geranios y rosales; y abajo, en el corral distante, el cacareo festivo de las gallinas ponederas. Un escarabajo dio de pronto contra la pared del corredor y giró rápidamente a perderse de nuevo en los aires del poblado. Por anuncio de visita tomáronle las damas, y discutiendo estaban en que si el heraldo era negro presagiaba muerte, y si verde, auguraba un suceso agradable, cuando tímidos, humildosos, sonaron dos golpecitos en el portón. Madre e hija se miraron como interrogándose si aquello tendría relación con el augurio.

—Felipe, gritó Nita, vaya abra.

Y concluyendo presurosa el peinado de su madre, requirió el bastidor y tornó a sentarse a su lado a bordar, como quien advierte con el trabajo el decurso de las horas.

Una viejecita entró, que mirando recelosa a uno y otro lado, dirigióse a Nita y le entregó una carta.

—Del Padre Eufrasio, mamá—balbuceó aquélla dejando caer el bastidor.—Por fin sabemos de él.

—¡El mártir! Quién sabe sometido a qué privaciones mientras el otro le roba aquí sus estipendios y se deja mimar de la ñapanguería. Mira, hija, que cuando yo veo al tal de Mojica, apuntando la cantarilla con esas zambas de Peñalver, no sé lo que me pasa. Pero lée, hija, lée.

«Hermanas mías muy queridas en Cristo: estas gentes me están matando a fuerza de solicitud y de cariño. Todo se les vuelve espías y comisiones que el Alcalde y el Padre Mojica mandan a prenderme. Figúrense que cuando voy a comer, con el apetito que despiertan estos aires serranos, los sabrosos y abundantes platos que a diario me preparan, alguien llega, bebiéndose los vientos, a anunciar que allí detrás viene la comisión. Alzan conmigo por breñas y jarales a lo más hondo del monte, mientras pasa el peligro. Y mientras este pasa, que muchas veces se toma para ello días y noches, mi estómago se retuerce y llora como niño sin madre, a pesar de que a lo poco y frío que me pueden hacer llegar se le ayuda con frutas del monte, jugo de raíces y miel de angelitas colganderas. Siempre sucede que no fue nada. "Pero así como no fue hubiera sido....," dicen ellos para consolarme. Vean ustedes cómo cuando las cosas se extreman.... hasta esta misma deliciosa ingenuidad campesina resulta la más cruel y desesperante de las burlas. Nada. Que esta noche, entre once y doce, seré con ustedes. Déjenme sin tranca la puerta del corral que da al camino, y avísenle a los amigos, y al Sacristán, que me espere con lo indispensable para decirles misa a la madrugada de mañana, que es domingo, digo, si mi recuerdo del calendario no se ha extraviado por estos breñales. Su hermano en Cristo, *Eufrasio*».

—¡Pobrecito! sollozó Nita.

—¡Pobre mártir! ¡Tan viejo ya y en esos calvarios! suspiró doña Rafaela con voz congojosa y húmeda de lágrimas.

* * *

Más largo que de costumbre gimió aquella noche el campanario parroquial al toque de ánimas. No había luna, pero las estrellas diluían en la sombra su fulgor como cernidillo impalpable de oro pálido.

Desde lo alto de la torre, apoyado en la baranda de la ventana ojival, el Sacristán echó su vistazo de costumbre a la plaza y tramos de calles dominables. Ni un alma por ninguna parte. Todo solo, todo mudo, como muerto.

—¡Los amigos! ¡Habla el Padre Eufrasio de sus amigos! ¿A que no van ni a saludarlo?—decíase el pobre mirando a la lejanía sumida en sombras y oyendo, de tarde en cuando, en las afueras, el ladrar de los perros vigilantes.—¡Imposible! decíase, que hasta allá vaya el temor. Sin embargo, de todo es capaz la humanidad cuando se la amenaza por la parte más delicada, la bolsa, que es como decir el estómago. De todo, hasta de sacrificar afectos y cariños tenidos antes por inextinguibles. La misma viuda de Peñonalto no se arriesgaría así, a no estar cierta de su poder contra sus enemigos, que de ella no lo serían no siéndolo del Cura. Bien lo sabe la orgullosa señora y mejor lo entiende la doña Nita, que tánto alharaquea sus linajes y procerismos. Los perdidos somos los demás. Yo, sobre todo. Porque, vamos a ver: ¿No le llevo los ornamentos para la misa? Pues perderé mi destino cuando él vuelva definitivamente, que será en breve, porque esto como va no puede durar. ¿Se los llevo? Como si lo viera. Mañana mismo me arrojan como perro el Alcalde y el Padre Mojica. Pero, hombre, ¿por qué será que uno es tan desgraciado? Y luego hay quien llame loco a don Pepe Rodales, siendo un evangelio lo que él dice: Hay hombres que nacen de pies, bajo los cuales se adivina el pedestal, y otros que nacemos de cabeza. A unos la fortuna les sonríe desde antes de nacer, y a otros antes de salir al mundo ya nos está mirando con su mirar bisojo de madrastra sin entrañas. Yo, en mí, lo he experimentado. Antes de nacer, cuando mi madre me llevaba en su seno, ya trabajaba; al menos paréceme recordar que el cántaro de agua que ella se echaba sobre el vientre yo era quien lo aguantaba en uno de mis hombros y se lo ayudaba a llevar, ahogándome en aquella prisión tan estrecha. ¿No será por eso por lo que soy tan alicaído? Pero, bueno, recapacitó, mientras bajaba del campanario a la luz de un forolillo de linón verdoso. Ahora lo importante es quedar bien con el uno y con los otros. ¡Ah! si se me ocurriera alguna de esas jugadas en que son tan hábiles los políticos, que siempre se hallan bien con todos los gobiernos, con el que cae como con el que sube. Veamos: si yo fuera ahora mismo al Alcalde y al Padre Mojica y les dijese que el Padre Eufrasio estará en casa de las de Peñonalto mañana al amanecer, por ahí entre cuatro y cinco? Claro. El dice que llegará entre once y doce de la noche. Hay tiempo de sobra para que diga su misa, para que se la oiga quien quiera, y luégo, para salvarse todo el mundo, inclusos el Padre Eufrasio y yo, yo, que los pondré en el hito de lo que, de seguro, habrá de ocurrir. Cuando la ronda llegue ya todos habrán volado, cargando con el Padre Eufrasio para donde menos pueda sospecharse. Y yo, Crispín, lo habré deshecho todo y con todo habré también desaparecido. ¿Qué tal? ¡Hombre! Cómo es cierto que *intelectus apretatus discurret.*

Bajó en volandas la escalera del coro y ganó la calle por la puerta de la sacristía. Rato después, cuando el reloj redoblaba las nueve en los parches del silencio, una lucecilla tenue, amortiguada, salía de la casa cural y cruzando oblicuamente la plaza, casi a ras del suelo, iba a perderse en el sombrío portal del caserón del Alcalde.

Peregrino aspecto presentaba cerca de las once de aquella noche la casona vetusta y enrevesada de doña Rafaela Pomar de Peñonalto. Grupos de damas y caballeros, como sombras condensadas en la dilución de las estrellas, paseábanse a lo largo del corredor en las puntas de los pies para ahogar los ruidos delatores y hablaban con voces quedas como remedo de susurros. Otros, por los cuartos sumidos en completa oscuridad, apenas si se adivinaban por sus conversaciones cuchicheadas como roce de élictros. Algunas señoras, en corros de cuatro o cinco, repantigadas en sillas y reclinatorios, mudas, parecían apostar a cuál cabeceaba más, rendidas al sueño en el magnetismo del Secreteo y en la monotonía de la espera. Sólo una luz, y eso velada para evitar sus delaciones al través de las endijas de las ventanas que daban a la calle, alumbraba escasamente la alcoba principal, oliente a flores y yerbas chafadas, donde Nita, con algunas amigas, concluía el arreglo del altar, y doña Rafaela dormitaba rezando un rosario cuyas Avemarías, contadas en los dedos de las manos, se le enredaban cada rato en la soñolienta dejadez de las falanges.

El Sacristán arrastraba sus alpargatas destalonadas, metiendo mano en todos los corrillos. Su afán, su hilaridad, hubiéranle delatado entre cualesquiera otras personas menos inocentemente seguras de que a todos los reunía allí un solo y común ideal y un sentimiento bello y único.

—Con que al fin nos permite Dios asistir a una misa incontaminada —decía meloso a los del corredor.—Pero, demonio de noche tan clara, cosquilleaba al oído de los de adentro.—Parece que se conjurara contra él.—Rece, doña Rafaelita, rece—adulábale a la anciana, acercándosele genuflexivo y servil— rece, que las almas buenas alcanzan cuanto quieren de Dios nuestro Señor. Pídale que levante ya el azote de su enojo y cese la prueba que sufrimos sus verdaderos servidores.

En estas oyóse que llamaban al portón.

—¿Qué?—saltó Nita.—¿Es que falta aún alguien?

Todos se acercaron tratando de reconocerse, anhelosos, conteniendo la respiración. En la oscuridad, dijérase aquello una compenetración de sombras.

No, ninguno de los invitados faltaba, al menos de los que prometieran asistir. El Juez del Circuito, el boticario y el rematador de los impuestos indirectos se habían excusado con sus familias por motivos de salud.

¿Quién podría ser? Nita mató la luz y trepándose a entreabrir con maña suma un postigo, miró a la calle.

—Pues, señores—balbuceó bajando angustiada—son tres, y uno de ellos el Alcalde, no me cabe duda.

Un ¡ah! largo, afónico, inarticulado, con el ruido característico de una vejiga que se desinfla, fue la respuesta. Y así, desinflados, sin vida, parecieron quedar aquellos ánimos.

Ah! las prisiones, las contribuciones, los destierros!

—Yo creo, señores—agregó Nita reponiéndose,—que es llegado el momento de hacer una profesión ejemplar de nuestra fe: Abrámosles, y doblémonos de rodillas a orar. Cosa análoga hacían ante sus verdugos los primeros cristianos, y ello era grato a Cristo nuestro Divino Salvador. Sin embargo, si hay algunos que prefieran irse, salida tienen: la puerta del callejón. ¿No es cierto, mamá?

—Sí, allá está esa puerta por donde salen las vacas, los becerros, los caballos, al campo—contestó secamente la señora.—Si alguno de estos cristianos es tan cobarde, allá está esa puerta.

Todos la rodearon, no sin que algunos hicieran su modo y maña de quedar atrás tratando de dejarse expedita la retirada.

—Bueno—agregó la matrona—ahora en lo que debemos pensar es en salvar al Padre Eufrasio. ¡Pobre! Ya debe de estar llegando, y caería en esta trampa, como armada por nosotros mismos.

—Eso, lo de menos, señora—saltó el Sacristán.—Nada más fácil: que vaya Felipe allá, abajo, y le diga al cura cuando llegue, que lo que es ahora no puede entrar. Yo, digo, si ustedes quieren, voy a abrir.

—Bien, sí—asintieron todos.—Pero que se haga pronto, porque oigan que llaman nuevamente.

El criado salió a estampía a cumplir su misión, y el Sacristán dirigióse a abrir, pensando en que quienesquiera que fuesen, él ya se había curado en salud.

* * *

Al suelo diera con su humanidad el vejete, a no agarrarse como pudo de las jambas de la puerta, cuando, al abrirlas, reconoció, bajo enormes ruanas y jipijapas descomunales, al Padre Eufrasio, nada menos que entre el Padre Mojica y el Alcalde.

—¡Crispín! articuló el Cura tiernamente.

—¡Padre! Pero.... Cómo.... cuándo...., tartamudeaba turulato, sin saber qué pensar.

—Ver y callar, Crispín, ordenóle el Cura. Como si nada hubiera pasado por sus ojos. Estos señores son mis amigos, y yo no quiero que ello les perjudique en lo más mínimo. Usted comprende que si esto llegara a saberse, les costaría su puesto, con sabe Dios cuántas más adehalas. Fuéra de que a mí mismo me conviene la creencia de que por obra de ellos se me persigue sin tregua. ¿No ves, Crispín, que las supuestas hostilidades de estos señores, paran los golpes efectivos que, sin ellas, me descargarían a diario los verdaderos radicales, incrédulos rabiosos, beatos de la impiedad, santones del reaccionismo? ¡Ah! Crispín, ya veo lo que sería de mí sin la enemiga de estos mis buenos amigos.

—Bueno—secreteó el Alcalde,—éntre y acuéstese, Padre, que bien cansado debe de estar. Hasta mañana.

(Pasa a la página 187).

CRONICA DE NUEVA YORK

Un zapatero que hereda diez millones.



No quiso conseguir sino un criado de galoneado uniforme para que lo defendiera de las bellezas que lo asediaban.

Sorpresas y casos raros que sólo se ven en los Estados Unidos.—Con los millones huyó la felicidad.

Hasta ayer no más el señor Patricio Canning era un pobre zapatero remendón de la pequeña ciudad de Haverhill, en el estado de Massachussets. Hasta ayer Patricio no tenía más preocupaciones que las suelas de sus zapatos y las exigencias de su modesta clientela y por esto era un hombre feliz; no tenía ambiciones y la paz reinaba en su corazón y en su hogar.

Pero Patricio recibió una noticia que le dejó abismado: su tío, el señor Eduardo Curley, que vivía en Monte Carlo, había muerto dejándolo como su único heredero de diez millones de dólares....

Y el pobre zapatero, a quien nadie prestaba atención, se vino a convertir en el centro de amabilidades y atenciones sin cuento. Sobre todo del sexo femenino. Un hombre con diez millones de dólares, aunque sea viejo, feo y sin dientes, es lo más hermoso del mundo para una mujer de aquellas que en este país se llaman *vamps*....

Pero Patricio estaba casado con una mujer muy dominante, muy celosa, muy amiga de saber todo lo que su marido hiciera. Y abrió las cartas de declaración que las Lucys, Bettys e Isabellas dirigían a su marido ofreciéndole su corazón y diciéndole que lo amaban desde que lo vieron, en una tarde de invierno o en un mediodía caluroso de verano, a la puerta de su tienda, dándole golpes formidables a unos zapatos viejos....

Y se fue la paz del hogar.... Y Patricio maldijo —ante los frecuentes insultos, y, lo que es peor, palizas de su mujer— la hora fatal en que habían llegado diez millones de dólares a su vida miserable y humilde.

No queremos hacer divagaciones sobre la miseria de la riqueza humana. Se prestaría mucho el caso de Patricio para que habláramos del desprecio que se merece el dinero, causa de todas las desgracias y tristezas de la humanidad. Acaso todos los hombres del mundo lo habían deseado y lo desean ardientemente, a excepción de Patricio, que creyó que moriría en su humilde tenducho.... Y el dinero, que acaso recibió con asombrada felicidad en el primer momento, ha sido la mayor desgracia de su vida.

Canning se resolvió a no dejar su oficio. Convino en todo lo necesario con su mujer y siguió enderezando tacones y remendando rotos en las suelas. No quiso conseguir sino un criado de galoneado uniforme para que, en la puerta de su covacha, impidiera que las muchachas de atractiva belleza fueran a declarársele y a turbar la tranquila calma de su monótona vida.

* * *

Hé aquí las declaraciones que el filósofo Patricio ha hecho a un periodista de esta ciudad y que han sido muy comentadas:

«Soy rico. Soy poderoso, porque ya sé que tener dinero es tener poder. Siempre había pensado en los grandes placeres que pueden tener los millonarios como en una pesadilla, sin soñar que yo también pudiera algún día ser rico.

«Tiene grandes ventajas el ser uno millonario. Por ejemplo: ¿no es agradable aquello de ir uno siempre que le provoque a cine, sin tener que ahorrar nada ni ponerse a hacer economías? Ya sé que aho-

ra puedo ir cuantas veces quiera a cinematógrafo....

«Un millonario puede meterse en un automóvil, aunque sea solamente para cruzar una calle. Eso sí es verdaderamente delicioso....

«Un millonario puede usar una corbata nueva todos los días y aun un traje nuevo, aunque esto sea tirar el dinero, según mi opinión, de un modo ridículo.

«Un millonario, cuando va a comprar algo, no necesita contar el cambio si lo han robado.

«Yo seguiré siendo buen amigo de todos mis viejos amigos. Mis colegas zapateros de Haverhill se negaban a saludarme y pasaban a mi lado taconeando ufanamente cuando tenían cien dólares entre el bolsillo. Yo los saludo a todos lo mismo. Yo no he cambiado.... Yo sigo trabajando porque para mí no puede haber otra felicidad que mi trabajo.... Un día que dejé de trabajar me iba muriendo de aburrimiento....

«Mi tío Eduardo, hermano de mi abuela, fue un pobre muchacho que, trabajando y trabajando se levantó por su propio esfuerzo. Cuando la prohibición vino a los Estados Unidos, él, que era un hombre rico, resolvió irse a vivir a Europa, donde la ley no prohibía beber whisky. Allí murió a los ochenta años y su dinero me ha correspondido a mí. Yo procuraré —todavía no sé cómo— aumentar el dinero que mi tío me dejó.

«Yo no pienso dar banquetes, ni grandes fiestas, ni dejarme enamorar por las actrices, ni ir a Newport o a Florida a gastar el dinero tontamente. Eso se queda para los Vandervilt. Probablemente ellos simpatizarían con mi modo de ser tan sencillo; yo estoy seguro que ellos nunca me gustarían a mí en lo más mínimo»....

Patricio le mostró al periodista muchas de las cartas que diariamente recibe. La prensa las publica todas y nosotros nos limitamos a extractar una de ellas. Es una viuda del oeste que le propone matrimonio, creyéndolo viudo y se ofrece a cuidarlo con un cariño que nunca se haya visto. Se enamoró de él por los retratos que publicaban los periódicos anunciando que Patricio había heredado diez millones de dólares.

La originalísima carta dice así:

«Mi querido don Patricio: Usted prefiere seguir remendando zapatos a vivir como un millonario. ¿Es usted viudo, o acaso está usted buscando una esposa? Puede usted tener unas vacaciones; acaso se decida a comprar un automóvil y después casarse. Sólo entonces vendrá la felicidad a su vida. Yo le buscaría a usted. Lo querría con todo mi corazón. Soy viuda y me siento atrozmente sola. Pero busco la felicidad y la hallaré trabajando todos los días en la zapatería. Espero que no se disguste porque le escribo esta carta. Véngase para mi casa; estaré esperándole en la estación. Contésteme por favor que no viviré tranquila hasta que no llegue la respuesta».

Esta carta le significó a Patricio una paliza de su mujer.

* * *

La esposa del nuevo rico también fue entrevistada. Le preguntaron en qué iba a gastar el dinero, y ella dijo:

«Compraremos un automóvil barato, ojalá Ford, y haremos pintar nuevamente la casa. No tenemos por qué gastar más dinero. Con el trabajo de mi marido seguiremos comiendo»....

Nada más quiere. No le provocan los diamantes, las pieles ni los trajes de miles de colores.

En este país suceden cosas muy raras, como ésta. Pero nada nos llama ya la atención. Es preciso, para admirarnos que salga una mujer de éstas, que no obstante su mal genio y sus cincuenta primaveras es una verdadera joya....

Juan Valdés.

Nueva York, febrero de 1922.

(Viene de la página 185).

—Con Dios, hijos míos. El, justo tasador de todo, les recompensará. Y usted, Padre Mojica, no tenía para qué explicarme nada. Yo sé sus circunstancias. Dios las conoce mejor; y si es seguro que El justifica la conducta de usted, no sería yo, pobre de mí, quien se aventurase a condenarla.

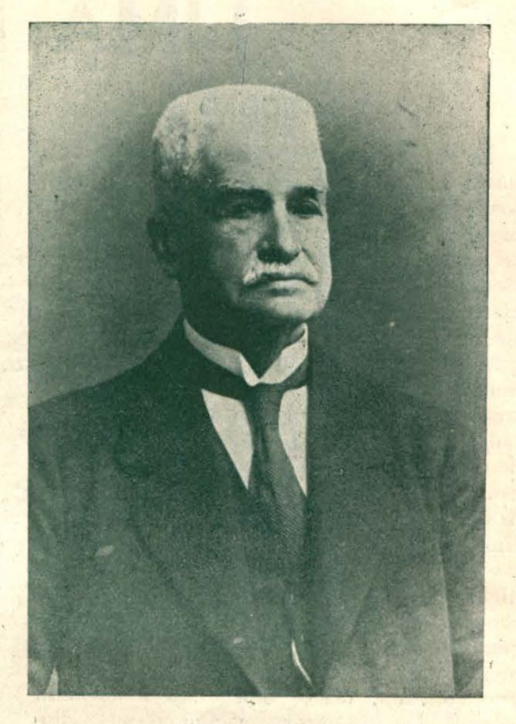
Con lo cual se entró.

Mudos, esquivando el ruido de sus pasos, como fantasmas, se alejaron y se perdieron calle abajo, en la proyección tenebrosa de un alero, los dos temidos mandarines.

—¡Lo he visto y me resisto a creerlo! —decíase Crispín, andando a tientas al lado del viejo Cura, en las tinieblas del desmesurado zaguán.—¿Ellos, los intransigentes, los verdugos que a la luz del día mantienen a este pobre pueblo con el corazón en un puño, creeríase que en medio a sombras y soledades encubridoras salieran a sincerarse y a batir sus incensarios ante el mismo que hacen aparecer como la más señalada de sus víctimas? ¿Dónde, pues, la belleza de sus doctrinas, el vuelo de sus ideales? Porque no me parece tan bello y edificante, que digamos, ser verdugo por cuenta de los unos, contando con que a medio de tretas y triquiñuelas se obtiene el perdón y la estima de los otros. Nada, que todos andamos en las mismas: esclavos de la necesidad, siervos del bolsillo, el déspota verdadero, el tirano único, que así engrandece y exalta como aplebeya y aniquila; siembra desprecios y oprobios allí mismo donde cosechara afectos y estimaciones. El Dinero, el oro, la varita mágica, el *sésamo ábrete* de todo en la vida. Todos, en suma, perseguimos un mismo fin: sólo que la suerte se da a algunos con una prodigalidad de milagro, en tanto que a otros nos vuelve la espalda, o, cuando más, nos deja un pobre yantar, tan escaso como inseguro.

—Después de todo—concluyó Crispín, mientras el Padre Eufrasio repartía abrazos y apretones de manos, y los ojos de las señoras se aguaban francamente, en la efusión de cariños que siguió al anterior momento de angustia inmedible,—después de todo, la cosa no me ha salido mal. Ahora ya esos señores necesitan de mi silencio y creo no les saldrá muy caro pagándomelo al precio del suyo.—Pero, hombre!—tornábase a admirarse por la milésima vez—¡Quién había de creerlo!

Francisco Giraldo.



General don Ricardo Bejarano.

El 26 de marzo último falleció en la ciudad de Popayán, a la edad de ochenta y un años, el General Ricardo Bejarano, eminente compatriota nuestro. Fue la vida del General Bejarano una constante enseñanza de las más grandes virtudes cívicas. Descendiente directo de próceres de la Independencia llevó en su sangre la energía del guerrero y la pujanza del héroe; por eso el memorable 31 de julio de 1862 se lanzó con su legión de valientes sobre las trincheras que defendían la ciudad de Tulcán, y tuvo la suerte de ser el primero que enarboló en la plaza de esa ciudad el glorioso pabellón de Colombia. Compañero inseparable de Arboleda, fue ascendido por éste a General de División al coronar, como otro Girardot, la cumbre de *Los Cristales*, donde cayó acribillado a balazos, ensangrentado y exánime pero envuelto en la bandera que supo siempre conducir con honor. Abandonado y proscrito en unión de don Sergio Arboleda, contribuyó a darle brillo a las letras colombianos, fundando el célebre periódico *El Rímac*, que marcó una época en la historia de la prensa peruana. En las campañas de 1860 y 1876 hizo gala de su desprecio por la vida, y muchas veces su valor y su pericia decidieron favorablemente la suerte de las batallas.

Largo sería enumerar los altísimos méritos de este gran patriota que la muerte acaba de arrebatar a la República. Baste por ahora enviar nuestra más sincera manifestación de pesar a todos los miembros de su familia residentes aquí y en la ciudad de Popayán.

LIMA EN EL SIGLO XVIII

LA CIUDAD

En la costa central del Perú —ceñido hacia el poniente por el más extenso de los océanos, y hacia levante por la más elevada de las cordilleras; limitado al norte y mediodía por dilatados arenales,— extiéndese, como anhelado oasis entre las inclemencias del árido litoral, el ameno valle del Rímac. Los Andes Occidentales, en que tiene sus fuentes aquel río torrentoso, lanzan paralelamente a él poderosos contrafuertes, cual si quisieran oponer sus espolonos graníticos a los avances del Pacífico. El cerro de San Cristóbal, el Agustino, que presenta de modo perenne sus faldas plomizas y secas, pertenecen a los últimos escalones de las breñas andinas en las cercanías de la Mar del Sur. Junto a dichas colinas, hállanse las lomas de Amancaes, en cuyas laderas los aguaceros y *garúas* del otoño y el invierno alimentan anualmente un tupido manto de grama, y en las que resaltan, desde San Juan hasta San Miguel, las numerosas y amarillentas flores que dan su nombre a los calveros. Quien, pisando la cima de una de estas eminencias, dirija la vista a los alrededores, descubrirá que, en el oriente y a ambas márgenes del Rímac, y borrando la línea gris de los tapiales, irrumpe la desigual faja de las arboledas, que inclinan su follaje a las acequias toscas y verdosas y los caminos polvorientos. Entre dichos tapiales surge la variada alfombra de los cañaverales y alfalfares, que ha reemplazado la áurea extensión de los trigales. De trecho en trecho, da novedad al paisaje la deliciosa visión de una huerta, y se contempla que, tras la maciza casa-quinta de los propietarios, casa-quinta de enladrillados y anchos corredores, torneadas ventanas y alto mirador; entre las recargadas y holgazanas parras y el enmarañado tejido de las enredaderas de madreselvas, campánulas y jazmines y dando sombra al alicatado pozo de baño y las pilas suntuosas, despliega su esplendidez la profusión paradisíaca de los árboles frutales, que domina la silueta de algún pino de inquisitorial rigidez. En lontananza, y completando la perspectiva oriental, aduérmese la vista en el amontonamiento ciclópeo de la Serranía, y se observa que, ahondando su lecho tortuoso y absorbiendo en su caudal los islotes y guijarros de su cauce, piérdense hacia sus nacientes las aguas fecundas del Rímac, y preséntanse a nutrir, escasas y sumisas, el sistema capilar de las acequias de la costa. En este panorama de rusticidad absoluta sólo recuerda la nota civil la aparición de Ate y Lurigancho, ubicados en medio de las arboledas, los sembríos y las huertas de la campiña, como los risueños pueblecitos que amenizan en Judea la visión del caminante.

Al oeste de las lomas de Amancaes, y siguiendo el sinuoso curso del valle, aparece ante la retina el mismo fondo de cultivos ya descrito; sólo que en el cuadro del poniente el horizonte es abierto, dilatado, y la tierra y el cielo no confunden sobre la tranquila llanura de la Mar del Sur la convexidad de su línea, sino tras el ceniciento y lejano archipiélago chalaco, ante el que describe la costa las bahías del Callao y los Chorrillos. En las inmediaciones de esta última bahía, en que la *resaca* lucha porfiadamente por abatir la ruda frente de los *barrancos* de la costa, encuéntranse los *grandes* y *populosos* pueblos de indios de Magdalena, Surco y Miraflores, apacibles, frescos y saludables parajes que animará la ensordecedora algarabía de las cabalgatas, y cuyas prósperas y risueñas quintas, de seductora laxitud han de reponer en el habitante capitalino las energías perdidas en el mundo social o burocrático.... Protegido por el Morro Solar y situado en la elevada y fragosa orilla en que las aguas de infiltración hacen crecer una vegetación musgosa, hállase el villorrio de indios de San Pedro de los Chorrillos, pueblo de pescadores, laborioso y austero, que empieza a comprender en sus bregas por la vida sobre la mar indócil, la procera enseñanza de la existencia libre, y modela con sus hábitos, para los tiempos futuros, la tierra generosa que en José Olaya, ha de experimentar el soplo heroico. El Callao convalece de la ruina del 46, junto a la naciente Bellavista y a la sombra protectora de los torreones del Real Felipe....



Jorge Guillermo Leguía Iturregui.

Es uno de los valores positivos de la nueva generación intelectual peruana. Escritor atildado, ameno conferencista, tiene —a pesar de su juventud— bien ganado prestigio como historiador meritísimo y erudito.

* * *

A dos leguas del mar, y encerrada por las gruesas murallas de adobe, que ofrecen a la mirada del observador sus siete formidables portadas y sus treinta y cuatro baluartes, y sólo interrumpen sus líneas poligonales ante las aguas del Rímac —extiéndese, muellemente reclinada a las dos márgenes del río, y situada al pie meridional del granítico San Cristóbal, la muy noble y muy leal Ciudad de los Reyes del Perú. Panorámicamente, la Metrópoli del Virreinato de Lima, aparece con un definido aspecto oriental. Los elevados miradores de sus casas, las numerosas y macizas torres y las medias naranjas de sus iglesias, que semejan los minaretes y las cúpulas de las mezquitas mulsumanas; las azoteas polvorientas, las desnudas fachadas y las adufadas celosías de sus herméticos balcones, el dan, en efecto, la fisonomía de las ciudades que tienen su arquetipo en el Cairo o en Sevilla. Y si a estos caracteres de la arquitectura morisca se agrega la pintoresca costumbre que poseen los limeños de colocar, en los alféizares de sus ventanas, tiestos floridos que ostentan la policromía de sus corolas entre las ensortijadas rejas de los muros, —alguien podría creer, contemplando una morada de Lima, que se encuentra en una calle de la Sultana del Guadalquivir.

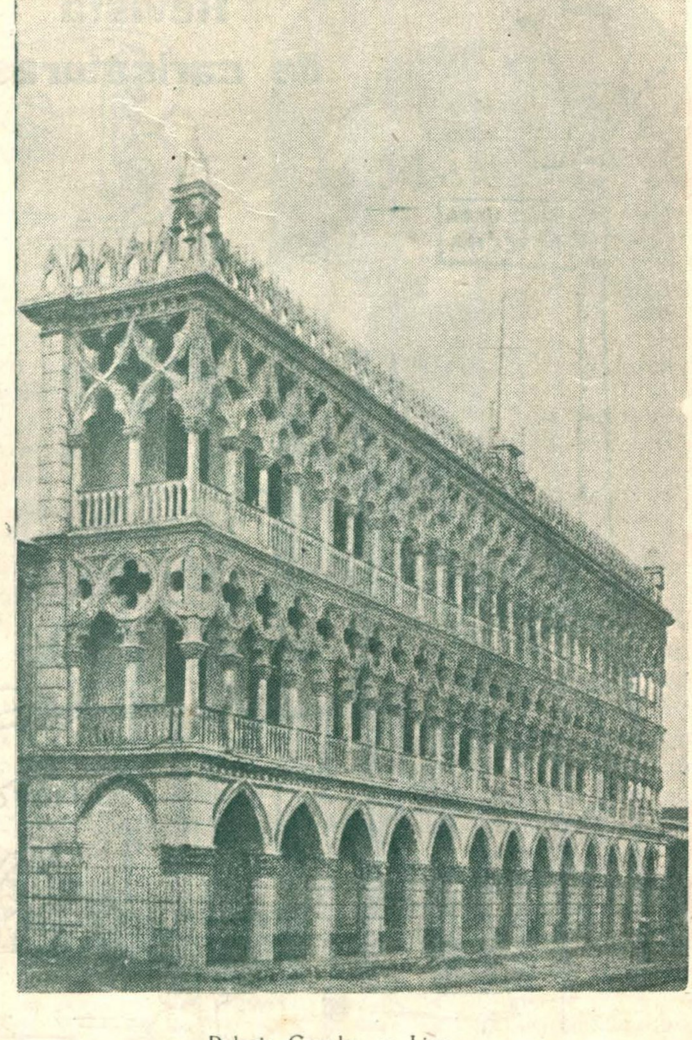
La ciudad presenta, de otro lado, confundidos en sus manzanas, caracteres de grandeza y signos de rusticidad arquitectónica. Junto a la magnificencia de los caserones palaciegos de la nobleza, y de los complicados y severos frontispicios de los



Lima. El Senado.



San Francisco. Lima.



Palacio Concha, en Lima.

templos churriguerescos, extiéndese el desigual y prolongado muro de los monasterios y conventos; e inmediatos a los aéreos balcones de las mansiones señoriales, aparecen los gruesos contrafuertes de las iglesias que dan una sensación de pesadez, y sólo rompen la uniformidad de sus aparejos con los cruzados y recios barrotes de sus lumbreras.

Lima es por otra parte, la ciudad de las flores y los frutos. Dan animación a la cerca descolorida que limita la vida de los esclaustrados, las copas de los árboles frutales. Hay una calle que se llama del *Chirimoyo*. Otra de la *Higuera*. Esta de los *Naranjos*. Aquella del *Pacae*.... Algunas veces, y más a menudo conforme nos acercamos a los surburbios de la capital del Virreinato, surgen por sobre los elevados y luengos tapiales las desbordantes enredaderas de papelillos y jazmines, de madreselvas y mastuerzos, de campánulas, granadillas y ñorbos.... Y en medio de esta explosión de pétalos y aromas, y cobijados bajo la refrescante sombra de los abridores y manzanos, peros y guayabos, platanares y blanquillos, higueras y naranjos.... brindan su belleza y su perfume los variados rosales y claveles, las níveas margaritas y las inmaculadas azucenas, y los alhelíes, y las albahacas y las congonas.... Alejándonos del arrabal de San Lázaro y de las huertas del Cercado y penetrando en las calles centrales de la ciudad, observamos entre las sólidas arquerías de los patios solitarios, en la tierra y en las multicolores macetas, el ameno jardincillo en que la selección de las matronas constituye los amistosos ramilletes.

* * *

En la segunda mitad del siglo XVIII, ha decaído la grandeza arquitectónica de la Ciudad de los Reyes. Después de la catástrofe de 1746, y a pesar del esfuerzo gigantesco realizado por los limeños, la «Corte del Reino del Perú» no es ya la suntuosa metrópoli que describiera prolijamente el Conde de la Granja en su poema a Santa Rosa. El botánico Ruiz, que la visita en la última década de la décimaoctava centuria, dice que «Lima apenas está reparada». La condición hacendaria de sus habitantes no permite, por otra parte, atender a la crecida suma que demanda una reconstrucción magnífica. Si bien la relativa prosperidad económica de las postrimerías del siglo, compensa en algo el vacío económico producido por la abolición de las encomiendas, no aqueja ya a la población del Rímac el delirio de resucitar el perdido esplendor. La capital del Virreinato gana sólo en amplitud lo que ha mermado en riqueza. El citado sabio español nos refiere en su *Descripción de Lima* que «según lo que se va fabricando en el arrabal de San Lázaro, constituye éste una cuarta parte de la población y una tercera de extensión» siendo «necesario hacer otro puente para el fácil comercio, como ya pensaba el virrey don Manuel Amat». Mas, como reza el viejo proverbio castellano, de que «el rico cuando empobrece há más que el pobre cuando enriquece», la magnificencia de varias construcciones evoca la grandeza pretérita.

Aquí y allá, «ventiladas, abundosas, de agua, alegres, bañadas de luz», levántanse las magníficas y holgadas mansiones señoriales, en cuya grave portada resalta el escudo nobiliario de los moradores o aparece un «alabado sea el Santísimo Sacramento», y en cuya enorme puerta de roble resalta el bruñido bronce de los aldabones y bules. En los zaguanes, la tallada techumbre ostenta el primor de sus barnizadas vigas y ménsulas. Y tras los patios amplios y luminosos, de anchas ventanas y rejas laberínticas, dilátanse las espaciosas *cuadras*, de altas y labradas puertas y elevados mamparones. En algunas casas, estos mamparones se levantan entre las paredes aljofifadas, los azulejos del piso y el vigamento de cedro; y, merced a la disposición de sus vidrieras corredizas, unen o separan los grandes aposentos. «Unas cuantas casas tienen dos pisos, en cuyo caso un gran balcón o corredor descubierto da la vuelta alrededor del piso alto por la parte interior, y a la parte exterior tienen grandes balcones con celosías en una forma completamente morisca».

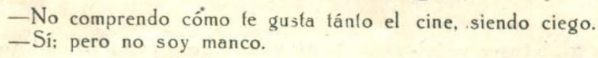
* * *

Deslumbrante es el lujo que presenta el interior de estas moradas. El rumboso propietario no desdeña gastos, por subidos que sean, en la suntuosidad de sus habitaciones. En el salón, que iluminan múltiples arañas de cristal, adornan las paredes largos y dorados espejos, y telas pictóricas de gloriosas rúbricas. Muchas veces, domina la estancia el retrato de algún famoso ante-

Pasa a la página 192).

Revista de caricaturas.





—No comprendo cómo te gusta tánto el cine, siendo ciego.
—Sí; pero no soy manco.



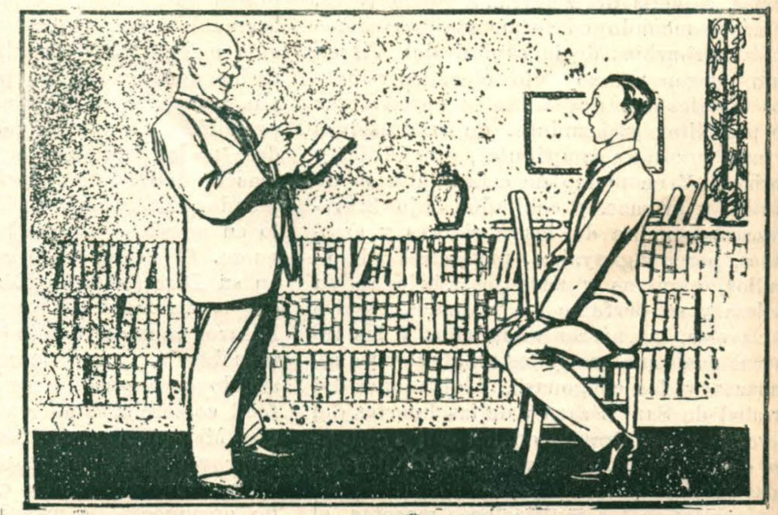
Ella. —¿De quién es este pelo?
El. —De mi bigote, mujer.



ACCIDENTES FERROVIARIOS
El viajero. —¡Eh, mozo! ¿Cuánto falta para irnos?
El mozo. —¿No lo ve usted? ¡Cerca de tres cuartos de hora!



—Hombre, no me entretengas; tengo que hacer, y el tiempo es oro.
—Entonces cómprame dos horas, porque yo no tengo en qué emplearlas.



El profesor. —Y sobre todo, querido, un consejo. ¡No preste usted nunca ningún libro! ¿Ve usted esta biblioteca? Pues la formé con libros prestados por mis amigos.

ELEGANCIAS





No importa cuán esmerados hayan sido los preparativos hechos al comienzo de la temporada para completar nuestro guardarropa. Después de los festejos de la Navidad y Año Nuevo nos encontramos casi siempre con la necesidad de otro traje.

Afortunadamente en esta época es fácil encontrar modelos de mucha elegancia y a un precio razonable, y que en la gran variedad de estilos se encuentran para todas las circunstancias de una parisina del gran mundo. Por ejemplo, un traje de noche, de los más favorecidos y consagrados por el buen gusto y *chic*, y el cual refleja muchas de las características principales de la temporada, como el descote alto y el ruedo disparejo, es de excelente crespón romano y se encuentra en todos esos tonos brillantes tan populares en el presente invierno, como azul zafiro, verde jade y rojo, así como en blanco y en negro. Para comidas o para el teatro es muy apropiado un traje de crespón de la China y encajes españoles de seda, distinguiéndose particularmente por detalles tan interesantes como el canesú transparente, el talle bajo y el ruedo disparejo. Esta clase de traje se usa, sobre todo, en negro, marrón y gris.

El traje de baile de la jovencita es casi siempre de silueta abollonada, y una de las creaciones más agraciadas de la presente temporado, es de chifón, con sus pespuntes plateados en la falda y en el cuerpo y su estrecho cinturón de cinta y flores de plata. Este traje se usa en los delicados tonos verde, jade vívido, rosa pálido, encarnado y blanco. Para almuerzos de etiqueta se encuentran modelos que ofrecen una elegante combinación de terciopelo y chifón, y con sus largos paneles que rompen la línea del ruedo, su cinturón adornado con grandes rosetas, y sus graciosas mangas semilargas, es una prenda muy interesante. Finalmente, para la calle, se encuentran trajes, por ejemplo, de crespón de la China, con cinturón adornado de flores de seda, y va todo bordado del mismo color, que puede ser fuego, azul marino o negro.

Una de las necesidades que más interesaban en inviernos pasados a las parisinas era el paraguas, accesorio incómodo. Hoy día las modistas lo han eliminado en gran manera, ya sea por la creciente afición por los deportes, ya como consecuencia del ejemplo de las inglesas, lo cierto es que la parisiense ha decidido reemplazar el paraguas con el *costume* impermeable. A decir verdad, los materiales impermeables de hoy son tan variados y tan fascinadores, que sería absurdo el dejar de utilizarlos debidamente. Por esta razón el enorme surtido que se encuentra en los almacenes de abrigos impermeables, presenta una gran facilidad para la elección.

Hoy os remito un lindo estilo de sombrero de crespón de Cantón negro mate, del cual caen largos filamentos semirrizados de plumas de avestruz. El vestido de encajes *beige* tiene un sombrero compañero de raso negro, con ancha ala y una cinta plegada en la parte de atrás.

Madame Valchore.

París, febrero 13 de 1922.

(Viene de la página 189).
pasado, penate de la familia, que surge del lienzo entre el escudo nobiliario y el inacabable epígrafe de sus preeminencias y títulos. En medio al piano y las consolas enconchadas y lucientes, que exornan delicados floreros de porcelana y admirables miniaturas, se destaca, sobre la suave y finísima alfombra, la tallada mueblería, ya solemne, con sus mullidos y cómodos sillones y sofás de borlón rojo; ya esbelta, con sus asientos de tapices floridos y elevados espaldares.

No es menor el lujo que presenta el comedor. Un literato español nos ha dicho en uno de sus chispazos descriptivos cómo es en su tierra aquel aposento, y cuál el juego de muebles y el artístico servicio que lo adornan. En Lima, que es también colonia de la Península en lo que a la moda se refiere, no es distinto en lo más mínimo el aspecto de la estancia que tánto preocupa al epicureísta espíritu de los peruanos capitalinos. «Espacioso, limpio, suntuosamente abastado, de paredes aljofifadas y lucientes mármoles, es el comedor. Deslumbra el pulido aparador por la brillantez y riqueza de sus pertrechos. Hay en él, cuidadosamente ocomodados, vasos de oro, de plata, de cristal, de marfil, de búcaro y otras materias más viles, que deben su estimación a los primores del arte, como estaño, hueso, boj, barro. Hay aguamaniles grandes de plata, dorados los bordes y las armas de las fuentes, dorados los picos de los jarros; de vidrio otros, con lavamanos de brilladora obra de Málaga. Garrafas de toda forma y calidad encierran los vinos; las de vidrio, los recios y comunes; las de plata, los exquisitos y olorosos. Facilitan la maniobra de los domésticos varias mesitas con los aprestos necesarios al servicio; vajilla, cubiertos, tajadadores, trinchantes, saleros, servilletas. La mesa es grande, redonda, taraceada; los sillones, de caoba con caprichosos guardamaciles de oro».

En las alcobas se destacan las altas y umbrosas cujas de tallada madera, encerradas por doseles y cortinajes riquísimos; y, completando el menaje de la estancia, aparecen las primorosas y esculpidas mesas de caoba o cedro, los sillones de terciopelo o baqueta cordobesa tachonada de cobre, los muelles y luengos sofás, en que el encopetado señor duerme la siesta, cumpliendo el precepto saludable de «el almuerzo reposado y la comida paseada», a los arcones de madera, que en la tapa ostentan el blasón de la casa y guardan en sus prolijas divisiones los talegos de reales, peso y ducados, el surtido lavatorio, y, en fin, los minuciosos y enconchados armarios. Numerosas imágenes piadosas, trazadas muchas de ellas por algún artista célebre, cuelgan en las paredes, limitadas por marfilinos o dorados marcos. En la cómoda, que cubre la bordada sobremesa, erígese el precioso crucifijo, traído desde la lejana Quito, ante el que halla su exaltación la mojigatería del imaginativo criollo.

En la pieza destinada a escritorio, surgen de los labrados anaqueles los enormes infolios de pergamino, en cuyos anchos los mos resaltan con gruesos caracteres los abreviados títulos latinos. Dominando la estantería, se halla un lienzo con la imagen de la Purísima, de nuestro gran padre San Agustín, el doctor Sutilis, o Santo Tomás de Aquino; símbolo de que, como se observa en los retratos de los maestros de San Marcos, sobre el pensamiento colonial impera tiránicamente la autoridad de la iglesia. En la mesa escritorio el estudiante o el grave letrado trazan con una pluma de ave en el papel sin rayas, y en escritura de exageradas ligaciones y dilataciones, en que el *lapsus cálami* supera el número de los renglones, trazan sus comentarios de los textos de la ortodoxia católica, apostólica romana. El cajón secreto del escritorio guarda en ciertas casas las obras de Descartes, Bacón, Grocio, los Enciclopedistas.... introducidas a subido precio por el *comercio ilícito* a pesar de los implacables centinelas del *Index Librorum Expurgatorum*....

Complemento indispensable que ha de dar a su casa quien se precie de tenerla, como se dice en Lima, *bien puesta*, es el oratorio. ¿Cómo va a faltar en una finca armónicamente distribuida, esa pieza en que se desenvuelve una de las más trascendentales funciones de la división del trabajo doméstico? Es el oratorio en la vida íntima de la familia, lo que el salón en el campo de las relaciones sociales. Y si los moradores ponen su orgullo en el espléndido menaje de sus *cuadras*, y su satisfacción completa en los bastimentos de sus aparadores, en que vacían la riqueza de sus alacenas y despensas, en el oratorio —estancia predilecta en que la policromía de las *mixturas* resalta entre los oros del altar, y en que la inquieta espira del zahumerio y el incienso asciende confundido en el rumor de las preces y las armonías místicas del clave,— ¡halla cumplimiento máximo el anhelo de aquella gente sencilla que vive para su rey, el amor, el placer y su dios....

Jorge Guillermo Leguía.

LAS ELECCIONES EN VIOTA





Aspecto de un costado de la plaza a las doce del día, cuando estaba colmada de electores que sufragaron por el General Benjamín Herrera.

Repartición de boletas a los electores liberales que van llenando la plaza y calles de la población.